

Migraciones artesanas, gremios e industrialización tardía en Madrid, 1750-1850¹

José Antolín Nieto Sánchez²

Resumen

Este artículo estudia los mercados artesanos de trabajo que se configuraron en Madrid entre 1700 y 1834 valiéndose de la información contenida en las cerca de 10.000 cartas de acceso a la maestría localizadas hasta hoy. Dado que en las cartas de examen aparece la naturaleza geográfica de los nuevos maestros, es posible trazar con bastante certeza su procedencia y los cambios producidos en ésta durante el período en los distintos gremios de la ciudad. Así, junto al patrón endogámico adscrito tradicionalmente a las corporaciones, un buen número de ellas se reprodujo mediante aportes de oficiales no madrileños. Esta pauta remite a unos gremios más flexibles de lo supuesto hasta ahora, lo que entronca con los postulados de la corriente de renovación historiográfica del mundo laboral que ha venido en denominarse el “retorno gremial”.

Palabras clave: migración, trabajo, gremios, artesanos, cualificación, mercados de trabajo

¹ Este trabajo se inserta en el marco de los proyectos de investigación HAR2011-27898-C02-02 (*Permanencias y cambios en la sociedad del Antiguo Régimen*, ss. XVI-XIX. *Una perspectiva desde Madrid*) y –proyecto coordinado– HAR2011-27898-C02-00 (*Cambios y resistencias sociales en la edad moderna: un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la monarquía hispánica*), ambos del Plan Nacional I+D+i (MICINN), 2011-2014.

² Grupo Taller de Historia Social, Departamento de Historia Moderna, Universidad Autónoma de Madrid.

RECIBIDO: marzo 25 de 2014

ACEPTADO: mayo 11 de 2014

Abstract

This paper examines the artisans' labour markets which were developed in Madrid from 1700 to 1834, relying on a collection of nearly 10,000 guild entries that have been gathered so far. As these instruments register the new masters' place of birth, they allow us to get a more accurate picture of both their origins and how these changed over time in various urban guilds. The outcome of this study demonstrates that, contrary to the inbreeding nature traditionally attributed to early modern craft guilds, a good number of them were able to reproduce themselves by receiving journeymen who were not born in Madrid. These findings thus agree with the renovating labour history current known as "the return of the guilds".

Key words: migrations, work, guilds, artisans, skills, labour markets

A comienzos del mes de diciembre de 1785, dos oficiales de sastrería de nacionalidad francesa, avecindados en Huesca, llegaron a Madrid tras haber recorrido los 400 kilómetros que separan ambas ciudades. La intención de su viaje era obtener la maestría mediante el preceptivo examen en el gremio de la corte. No debieron de estar muy seguros de lo acertado de su decisión, pues días después pidieron al Consejo de Castilla que les convalidase en Huesca las cartas de maestría expedidas en Madrid. Los nuevos maestros eran Andrés Leone y Pedro Verdule, ambos naturales de Bigornia, en el sur de Francia³. En abril de ese año ya había obtenido la carta en Madrid su vecino Félix Afín, y dos años después lo haría otro francés llamado Francisco Gramón, también de Tarbes. En 1790 seguiría el mismo camino su compatriota Esteban Menon, y otros dos aragoneses en los años siguientes. ¿Qué estaba pasando en la lejana Aragón para que estos oficiales viesan ventajoso trasladarse hasta Madrid para conseguir sus cartas de maestría?

Su caso no era excepcional, aunque tal vez sí muy llamativo. Décadas atrás, al iniciarse el siglo XVIII, tres ebanistas de Valladolid tuvieron que ir a Madrid para examinarse, y el 18 de septiembre de 1758, seis vecinos de Alcocer, en Cuenca, a unos 125 kilómetros de Madrid, se examinaban en la capital, culminando así un viaje cuyo objetivo era obtener la maestría de tejedores de lienzo, al igual que hicieron tres años después otros dos paisanos

³ Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (en adelante AHPM), protocolo 19.445, ff. 145 y 147, días 3 y 5 de diciembre, respectivamente.

suyos⁴. Para algunos artesanos que habían aprendido sus oficios en sus respectivas ciudades, Madrid y sus gremios se habían convertido en una referencia por la calidad de sus productos y el prestigio de sus mismas corporaciones y artífices. Pero lo que a la postre motivó estos viajes fue la decisión del Consejo de Castilla de mantener bajas las tasas de examen en Madrid, provocando no solo la afluencia de artesanos de zonas alejadas para sacarse el título de maestro, sino también cambios importantes en los propios mercados de trabajo regionales y locales. En suma, explicar las causas que llevaron a estos candidatos a maestros a tomar la decisión de recorrer cientos de kilómetros e invertir días y dinero, amén de alejarse de sus lugares de vecindad, requiere ahondar en la organización del mercado de trabajo en el siglo XVIII.

Esta tarea implica a su vez desmontar algunas ideas sólidamente asentadas sobre los flujos migratorios. Tras años de estudio de la movilidad laboral, un importante esfuerzo de investigación ha mostrado la poca solidez de la teoría de la modernización, que identificaba las migraciones laborales anejas a la industrialización y urbanización del siglo XIX como uno de los factores básicos de diferenciación con la Europa precapitalista⁵. Gracias a la investigación de autores como Jan y Leo Lucassen, L. Page Moch, Klaus Bade o Steve Hochstadt es ya un hecho probado que los trabajadores preindustriales no eran estáticos, y que la Europa de la Edad Moderna tenía flujos laborales propios, relaciones dinámicas entre el campo y la ciudad, así como una marcada complementariedad entre los movimientos migratorios de corto radio y los de muy largo alcance⁶.

⁴ Para Valladolid, AHPM, 12.519, ff. 825-829 y la habilitación a cinco ebanistas vallisoletanos para usar el arte en la ciudad, ff. 837r-840v; para Alcocer 18.898, ff. 96 y ss.

⁵ Como ha indicado Leo Lucassen, en el ámbito del estudio de las migraciones la teoría de la modernización arranca de la publicación de las “Leyes de migración” de Ravenstein en el *Journal of the Royal Statistical Society* a finales de la década de 1880. L. Lucassen « Migration and Mobility in Britain since the XVIIIth Century London, University College London Press, 1998», *Annales de démographie historique*, 2/2002 (104), pp. 101-103.

⁶ J. Lucassen, *Migrant Labour in Europe 1600-1900. The Drift to the North Sea*, Londres, Croom Helm, 1987, L. Page Moch, *Moving Europeans. Migrations in Western Europe since 1650*, Bloomington, 1992, S. Hochstadt, *Mobility and Modernity. Migration in Germany, 1820-1989*, Ann Arbor, 1999, Klaus J. Bade, *Europa en movimiento. Las migraciones desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días*, Barceloca, Crítica, 2003, J. y L. Lucassen, *The mobility*

Pero seguimos teniendo dificultades para analizar el período anterior al siglo XIX en lo relativo a las pautas migratorias de los trabajadores manuales cualificados. Persisten colectivos etiquetados como sedentarios debido fundamentalmente a la influencia gremial en el ámbito de ciertas actividades. Un énfasis en los aspectos negativos de las instituciones corporativas ha acabado por relacionarlas con la causa de esta inmovilidad laboral urbana. Desde esta perspectiva, la transmisión del oficio de padres a hijos o las diferentes cuotas de examen dependían de la pertenencia o no de un familiar al gremio en cuestión, lo que ayudaría a su vez a entender las dificultades para la incorporación de nuevos candidatos a maestros. En suma, según esta visión, la endogamia corporativa habría acabado por desincentivar el traslado a las ciudades. Por suerte, ha surgido un cuerpo de investigaciones que tiene en cuenta que la necesidad de aprender un oficio y la flexibilidad de las partes en relación –maestros, por un lado, y oficiales y aprendices, por otro- parece que jugaron un papel importante en las migraciones laborales, así como en la transferencia de conocimientos productivos, técnicos, organizativos o de inversión. En esta línea, hace ya tiempo que Larry Epstein nos habló a nivel europeo de la importancia del aprendizaje para poder entender que la transmisión de conocimiento tuvo lugar en una sociedad que no estaba cerrada a los desplazamientos de los artesanos de unos lugares a otros. Es más, la circulación más o menos fluida de estos agentes de innovación económica que eran los artesanos –tanto nacionales como extranjeros- puede ser un buen indicador del estado de atraso o desarrollo de una economía dada. Los mismos gremios, tantas veces acusados de impedir legalmente el acceso a sus filas de agentes foráneos, no parecen haber sido en la práctica tan remisos⁷.

transition in Europe revisited, 1500-1900, Sources and methods, International Institute of Social History, 2010.

⁷ Los mejores exponentes de esta revalorización gremial son las recopilaciones de artículos aparecidas en S. R. Epstein y M. Prak, *Guilds, Innovation and the European Economy, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008; J. Lucassen, T. De Moor y J. L. van Zanden (eds.), *The Return of the Guilds*, *International Review of Social History Supplements*, 16, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam & Utrecht University, 2009.

José Antolín Nieto Sánchez: *Migraciones artesanas, gremios e industrialización tardía en Madrid, 1750-1850*, (pp. 39-83)

Ha habido que esperar a fechas muy recientes para que este tipo de análisis sobre las migraciones artesanas haya comenzado a calar en España⁸. De hecho, las investigaciones españolas sobre migración han estudiado a los extranjeros en su vertiente comercial, pues en buena medida la monarquía católica tenía una dimensión imperial y gran parte de su comercio con las colonias y con Europa estaba en manos de comerciantes extranjeros. Al interés por las grandes compañías comerciales y las casas de banca foráneas, se han sumado desde los años 1990 los estudios sobre el pequeño comercio protagonizado por tenderos y buhoneros extranjeros. Estos trabajos se insertan en la corriente de lo que, siguiendo a Curtin y Cohen, Jaume Torras denominó “diásporas mercantiles” o “redes comerciales integradas”, formadas por mercaderes extranjeros. La pujanza de estas diásporas mercantiles guarda relación con importantes debates historiográficos vinculados al “atraso”, la integración de mercados, la apertura o el cierre económico, o el papel del Estado⁹. Esta línea de investigación ha derivado en el interés por las diásporas mercantiles nacionales¹⁰.

El énfasis en el estudio de las diásporas comerciales foráneas ha impedido ver la presencia de otras, no menos importantes, como las pertenecientes a otras ramas productivas, en concreto, del artesanado. Esta diáspora industrial podían estar compuesta por artesanos extranjeros, pero era más importante la integrada por artesanos naturales que se desplazaban a otras partes del país. Es un hecho que Madrid, al igual que otras ciudades

⁸ J. A. Nieto, “El acceso al trabajo corporativo en el Madrid del siglo XVIII: una propuesta de análisis de las cartas de examen gremial”, *Investigaciones de Historia Económica*, 2013, 9, pp. 97-107; R. Franch Benavent, “Los maestros del colegio del arte mayor de la seda de Valencia en una fase de crecimiento manufacturero (1686-1755)”, *Hispania*, 2014, LXXIV, 246, pp. 41-68.

⁹ Véase un ejemplo de la proliferación de estudios sobre esta diáspora mercantil foránea en M. B. Villar García y P. Pezzi Cristobal (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna. Actas del I Coloquio Internacional*, Málaga, 2003, o J. A. Salas Auséns, “Buscando vivir en la ciudad: trayectorias de inmigrantes franceses en los siglos XVII y XVIII”. *Revista de Demografía Histórica*. XXI, I, 2003, pp. 141-165.

¹⁰ J. Torras Elías, “Redes comerciales y auge textil en la España del siglo XVIII”, en Maxine Berg (ed.), *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 111-132 (1ª ed. inglesa, 1991); C. Rúa Fernández, *La xarxa catalana a Madrid en el segle XVIII. Un estudi sobre els homes de negocis catalans i el comerç*, Tesis leída en la Universidad Pompeu Fabra, 2010. G. Perez Sarrión, *La península comercial. Mercado, redes sociales y Estado en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2012.

capitales europeas, atrajo a reputados especialistas nacionales y foráneos en el sector de la transformación por la vía de los incentivos puestos en marcha por el Estado y la instalación de las Reales Fábricas. Pero lo que más interesa aquí es esa migración de artesanos modestos que llegaron a la ciudad sin incentivos fiscales y que fueron atraídos por las posibilidades que esperaban encontrar en la ciudad cortesana. Este artículo se ocupa de esta migración de artesanos españoles y extranjeros en el siglo XVIII y las tres primeras décadas del siglo XIX. Y lo hace con el convencimiento de que estos trabajadores contaban con unos patrones propios de comportamiento y, por supuesto, unas específicas pautas de movilidad laboral¹¹.

La historia que voy a exponer no tiene nada de prometeica. Sus principales protagonistas no se involucraron en una revolución industrial basada en manufacturas innovadoras y en grandes transformaciones técnicas, sino que lideraron una lenta pero profunda transformación que fraguó la creación de un mercado interior -que incluía un incipiente mercado laboral- gracias a los aportes tanto de una manufactura tradicional como de unas cualidades empresariales artesanas. En ese cambio tuvieron mucho que decir los artesanos españoles y extranjeros llegados a Madrid durante todo el siglo XVIII. Esta ciudad, tildada demasiadas veces de parasitaria por su carácter cortesano y por la presencia en el sector de transformación de las corporaciones de oficio, todavía tiene muchas cosas que decir desde la perspectiva del trabajo y la movilidad laboral¹².

¹¹ Patrones propios que ya han sido estudiados en profundidad para los oficios cualificados urbanos del resto de Europa en los trabajos de M. Sonenscher, "Journemen's Migrations and Workshop Organization in Eighteenth-century France", *Work in France. Representations, meaning, organization and practice*, Ithaca, Nueva York, 1986, pp. 74-96; E. J. Shephard, "Movilidad social y geográfica del artesanado en el siglo XVIII: estudio de la admisión a los gremios de Dijon, 1700-1790", en V. López y J. Nieto (eds.), *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna*, Madrid, Libros de la Catarata, 1996, pp. 37-69; J. Ehmer, "Worlds of Mobility: Migration Patterns of Viennese Artisans in the 18th Century", en G. Crossick (ed.), *The Artisan and the European Town*, Aldershot, 1997, pp. (esp. 179-180); J. R. Epstein, "Labour Mobility, Journeymen Organizations and Markets in Skilled Labour, 14th- 18th Centuries", en M. Arroux and P. Monnet (eds.), *La technician dans la cite en Europe occidentale 1250-1650*, Roma, 2004, pp. 251-269.

¹² De hecho, David Ringrose, el principal valedor de la visión parasitaria de la ciudad ha moderado mucho sus primeros postulados y defiende ahora que Madrid jugó un papel destacado en la formación y organización de los mercados regionales españoles en el siglo

Gremios artesanos y mercados de trabajo: un contexto previo

Hasta hace bien poco resultaba un anatema unir en un mismo epígrafe a los gremios y a los mercados de trabajo. Los gremios se concebían como instituciones refractarias al mercado e incapaces de generar cualquier tipo de relación en la que se introdujera movilidad laboral, y por supuesto, las leyes de la oferta y la demanda. Como explicábamos arriba, una corriente revisionista ha criticado esta visión y, mediante un análisis exhaustivo de los contratos de aprendizaje, ha apuntado que las relaciones laborales desplegadas por los gremios eran diversas y, sobre todo, más flexibles de lo pensado hasta ahora. Es más, permitían a las partes que firmaban los contratos un grado de libertad bastante amplio, al margen de las consabidas restricciones corporativas¹³. Pero mucho antes, estudios pioneros como los de Polanyi nos habían mostrado que el mercado no es una institución exclusiva del capitalismo, permitiendo, tras una crítica reposada de las fuentes y los conceptos, introducirlo dentro del análisis de economías de corte precapitalista¹⁴. El reto está en desvelar cómo los gremios organizaron en la Edad Moderna sus propios mercados de trabajo. También los de Madrid. Un análisis atento de las cartas de examen suscritas entre 1700 y 1836 ayudará a explicar cómo se estructuraron estos mercados, así como sus principales características.

XVIII. Su primera tesis en *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1985; la segunda en *España, 1700-1900 el mito del fracaso*, Madrid, Alianza, 1996. ¡Todo ello en solo 11 años!

¹³ S. Epstein, "Craft guilds, Apprenticeship, and Technological Change in Preindustrial Europe", *Journal of Economic History*, 58 (1998), pp. 684-713; B. de Munck, *Technologies of learning: apprenticeship in Antwerp guilds from the 15th century to the end of the ancien regime*, Turnhout, Brepols, 2007, p. 178; P. Wallis, "Apprenticeship and Training in Premodern England", *Journal of Economic History*, 68, 3 (2008), pp. 832-861; C. Minns y P. Wallis, "Rules and Reality: Quantifying the Practice of Apprenticeship in Early Modern Europe", *Working Papers No. 118/09*, London School Economic, 2009; J. Nieto y J. C. Zofío, "El acceso al aprendizaje artesano en Madrid durante la Edad Moderna", en S. Castillo (coord.), *Mundo del trabajo y asociacionismo en España. Collegia, gremios, mutuas, sindicatos*, Asociación de historia social, 2013, ejemplar en CD.

¹⁴ K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson (dirs.), *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, 1976.

Desde el asentamiento de la corte en Madrid en 1561 aquella alentó el desarrollo de un sector secundario basado en los oficios de la construcción, el lujo y el acabado, lo que en otra ocasión he denominado la *Triada capitalina*. Al tiempo en la ciudad se organizó una estructura social en la que tenían cabida cortesanos, burócratas, rentistas y comerciantes, pasando por los mismos artesanos, criados y pobres. La mayoría de ellos representaban una demanda constante para la economía cortesana¹⁵.

Hubo que esperar al siglo XVII y a que la Corte se fijara definitivamente en la ciudad, para que fraguase una organización del sector secundario en Madrid. La Corona fue consciente entonces de la necesidad de ejercer un control sobre la mano de obra en general y la artesana en particular. En este último terreno cobra sentido el apoyo que la monarquía dio a la constitución de lo que he denominado un sistema corporativo estatal, que tuvo en los gremios artesanos de la ciudad un valedor indiscutible a la hora de distribuir impuestos - donativos, repartos del soldado....- , así como de controlar el flujo de emigrantes que llegaban a la ciudad y su acceso a los diferentes escalafones del entramado corporativo. Aunque esta estructura gremial, compuesta por unos 36 gremios en 1625 y 56 en 1699, no estuvo a la altura de las expectativas de la monarquía, los mecanismos desplegados para poder acometer esas funciones de control de la mano de obra –registro, veeduría, examen- nos han facilitado conocer la dirección de esos flujos en el crítico Siglo de Hierro¹⁶.

¹⁵ J. M. López García (dir.), *El impacto de la Corte. Madrid y su territorio en la época moderna*, Madrid, Siglo XXI & Eurocit, 1998; J. C. Zofío Llorente, *Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650. La sociedad del trabajo en una ciudad cortesana preindustrial*, Madrid, CSIC, 2005; J. A. Nieto, *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2006; V. López y J.A. Nieto, “La formación de un mercado de trabajo: las industrias del vestido en el Madrid de la edad moderna”, *Sociología del Trabajo*, 2010, 68, pp. 147-168; y de los mismos autores, “La ropa estandarizada. Innovaciones en la producción, comercio y consumo de vestuario en el Madrid del siglo XVII”, *Sociología del Trabajo*, 2011, 71, 118-133 y “Dressing the poor. The provision of clothing among the lower classes in Eighteenth-century Madrid”, *Textile History*, 2012, 43, 24-43.

¹⁶ J. A. Nieto, *Artesanos y mercaderes...*, pp. 131 y ss. Para los oficios descualificados del siglo XVII estos flujos pueden comenzar a percibirse gracias al fino análisis de R. Lanza, “Trabajadores y pretendientes. Notas sobre la inmigración a Madrid en el siglo XVII y principios del XVIII”, en A. Marcos Martín (ed.), *Hacer Historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2011, pp. 467-490.

En esta línea, el estudio de Juan Carlos Zofío sobre las cartas de examen concedidas a mediados del siglo XVII plantea cuestiones muy interesantes sobre los mercados de trabajo. Por de pronto, más de la mitad de las casi 600 cartas recogidas para 1643-49 fueron a oficiales que no eran madrileños, de manera que se puede sostener que el flujo de inmigrantes de la corona de Castilla ayudó a compensar la pérdida de efectivos de los oficios capitalinos. Pero hubo diferencias dentro de Castilla, pues Andalucía apenas colaboró a estos flujos –solo el 2 por ciento- y mantuvo a Sevilla como polo de atracción de un mercado de trabajo propio. Es a partir de Despeñaperros arriba cuando se nota la afluencia de artesanos hacia Madrid. Los oficiales castellano-manchegos que pasaron a ser maestros a mediados del XVII fueron un 22 por ciento del total, solo superados por el flujo procedente de Castilla La Vieja (32 %). Otra cantera de reproducción del artesanado madrileño fue la franja costera del Cantábrico –incluyendo a Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco- y León, zonas que en conjunto arrojaban casi el 30 por ciento del total. La aportación de los reinos aragoneses y de Navarra era exigua, así como la de los artesanos extranjeros. En cuanto a la naturaleza rural o urbana de estos flujos, todo parece indicar que los oriundos de Castilla León tenían un apoyo urbano importante –casi de la mitad de sus aportaciones venían de núcleos urbanos- mientras que en Castilla La Mancha menos del 33 por ciento lo hacía desde este ámbito (en su mayor parte, de Toledo)¹⁷.

Quedémonos con estos datos: a mediados del Siglo de Hierro, el grueso de los nuevos maestros madrileños procedía de ambas Castillas; ya había un divorcio en relación con Andalucía y tampoco llegaban cupos importantes de aragoneses, catalanes y extranjeros. O dicho de otro modo: los gremios de Madrid habían articulado un mercado de trabajo que atraía a futuros maestros artesanos procedentes de las dos mesetas y la cornisa cantábrica, mientras que Andalucía o Aragón habían forjado redes propias, lo que hacía poco

¹⁷ J. C. Zofío, *Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650*, Madrid, 2005, pp. 322-328.

atractivo a sus habitantes trasladarse a otras áreas del país. ¿Qué pasó después?

Los estímulos de Madrid a los flujos migratorios de artesanos

Tras la crisis del siglo XVII la ciudad creció gracias a que ofreció estímulos para que compensase viajar hasta ella con el fin de ganar cierta cualificación, primero, y obtener el grado de oficial y maestro después. Sin pretensión de ahondar en un análisis de todos los estímulos, podemos dividirlos en dos grandes grupos: unos exógenos a la comunidad artesana, fundamentalmente fraguados por la política estatal; y otros endógenos, surgidos de la propia base menestral.

Estímulos exógenos

El Estado intentó atraer a artesanos cualificados mediante una política de ayudas legislativas más palpables en la segunda mitad del siglo. No fue escaso el efecto de la real cédula de 30 de abril de 1772 proclamando la libertad de admisión de maestros extranjeros en los gremios, el del real decreto de 1781 que fijaba la libertad de venta, o ya tras la revolución francesa, el de 23 julio de 1793 permitiendo el establecimiento de artesanos extranjeros, sin necesidad de examen. Estas eran normas que afectaban a todo el reino, pero tuvieron una especial incidencia en Madrid, como capital del Estado. Junto a estas medidas legislativas, a lo largo de todo el siglo hubo una política de franquicias, privilegios, exenciones y ayudas a los artesanos que se ofrecieran a instalar manufacturas de interés estatal. No entraré en detalle en esta cuestión, pero lo cierto es que en Madrid estas medidas introdujeron la competencia en un mundo muy celoso de sus prerrogativas como era el gremial¹⁸.

¹⁸ J. A. Nieto, *Artesanos y mercaderes...*, p. 359 y ss.

La Corona también apoyó en la segunda mitad del siglo la formación de instituciones científicas como las reales sociedades económicas, los gabinetes de química, física y mineralogía, los reales estudios de san Isidro o las escuelas de formación científica. Al calor de estas iniciativas llegaron a Madrid algunos inventores y científicos extranjeros (Le Maur, Bowles, Chavaneau, Proust...) a los que se colocó al frente de gabinetes u otros organismos con la idea de aprovechar sus conocimientos y experiencia para fomentar el desarrollo de la actividad científica española. A la generación de un ambiente de investigación, aprendizaje y transmisión del conocimiento ayudaron las medidas para la naturalización de los artesanos procedentes del extranjero y de la Corona de Aragón, los incentivos a la inversión, así como el papel crucial que desempeñó la ciudad en la solicitud de patentes. En este punto, la investigación de Patricio Saiz arroja unos resultados concluyentes: entre 1759-1825, el 35,8 de las patentes fueron suscritas por residentes en Madrid, y entre 1826 y 1850 lo fue el 42 por ciento. Un dato importante es que la mayoría de las patentes las solicitaron artesanos y pequeños fabricantes: acapararon casi el 50 por ciento de las solicitudes de privilegio y más de un 36 % de otros premios a la invención entre 1759 y 1825. El peso del taller y la experiencia práctica del oficio continuó siendo la lógica de la producción artesanal española, en general, y madrileña, en particular. La coda de la “industrialización tardía” que figura en el título de este trabajo se inserta en este contexto de predominio de la producción artesanal en Madrid hasta bien entrado el siglo XIX e incluso en las primeras décadas del XX¹⁹.

A su vez el Estado dejó su sello en las propias normativas gremiales, en concreto, en la fijación de las tasas de examen corporativo. En el siglo XVIII, la situación económica de muchos gremios de Madrid era muy precaria –algunos arrastraban un endeudamiento secular-, razón por la que intentaron elevar los

¹⁹ J. P. Saiz, *Invención, patentes e innovación en la España Contemporánea*, Madrid, 1999 Pp. 142 y ss, cuadro 8, p. 148, gráfico 16. Aunque el autor no desagrega la residencia de esos solicitantes, se colige que la mayoría son españoles, pero no es despreciable el número de los extranjeros. En 1759-1825, del total de 232 privilegios y premios a la invención, 71 recayeron en extranjeros –el 30,6 %-, la inmensa mayoría franceses (31 o el 43,6%); en el período 1826-1850, el porcentaje crece ligeramente hasta llegar al 36,2%, pero la presencia francesa es sencillamente abrumadora (64,3%).

derechos de entrada a los nuevos maestros. Pero en varias ocasiones la Corona se negó a aceptar estas medidas en aras a facilitar el flujo regular de inmigrantes. En buena medida, el objetivo era mantener la paz social en la ciudad que albergaba la corte mediante unas tasas de examen relativamente bajas dependiendo de los oficios²⁰.

Por supuesto, hubo tasas prohibitivas: los peluqueros exigían 340 reales; los herreros de grueso 220; los guarnicioneros 198 reales a los oficiales que aprendían en Madrid y el doble a los foráneos; los ebanistas, entalladores y ensambladores 147; los cerrajeros 145, y los confiteros 165 y 110 para los hijos de maestro. Huelga decir que muchos oficiales no podían pagar el examen, llegándose al extremo de que algunos gremios aceptaron el pago de estos derechos a plazos y los oficiales solicitaron prórrogas para satisfacerlos. Pero estas reformas no tuvieron lugar en todas las corporaciones y, como veremos, algunas admitían en la corporación a un buen contingente de oficiales gracias a que las tasas no eran muy altas. En 1768 un buen número de gremios exigía menos de cien reales por derechos de entrada: los maestros de coches entre 72 y 90 reales, los guanteros 60, los jalmeros, silleros y guarnicioneros 38, los alojeros 32, y los zapateros de nuevo 28. Estas tasas deben entenderse como el fruto de una negociación entre las propuestas de las corporaciones y la ratificación final por parte del Consejo de Castilla. Con todo, revelan que la realidad gremial era diversa, se adaptaba en muchos casos a las condiciones cambiantes del momento y estaba mediada por esa negociación entre las instituciones gremiales y el poder político.

Además, ciertas comunidades de migrantes encontraron facilidades para establecerse en Madrid gracias a la existencia de canales de financiación que les permitían poder invertir en industria o en otros sectores productivos. La comunidad francesa lo tuvo más fácil que las demás, sobre todo, desde la segunda mitad del siglo XVIII, pues en Madrid se había establecido una sólida estructura financiera de matriz gala, susceptible de facilitar capital para abrir un

²⁰ J. A. Nieto, "El acceso al trabajo corporativo...".

taller, comprar utillaje o contratar operarios. En este punto destaca que en el período 1800-1835, los extranjeros involucrados en el sector secundario formaron un importante número de compañías (el 22,9 por ciento de una muestra de 311 compañías), superior sin duda al peso que los extranjeros tenían en la población artesanal madrileña total (tabla 1)²¹.

Tabla 1. Muestra de compañías establecidas en Madrid, 1800-1830

	1800	1810	1820	1830	Total	%
Total compañías	71	77	52	111	311	100
Artesanales/Industriales	27	16	19	34	96	30,8
<i>Nacionales</i>	21	11	13	21	66	68,7
<i>Extranjeras</i>	6	5	3	8	22	22,9
<i>Mixtas</i>			3	5	8	8,3

Estímulos endógenos

Elena Sánchez Madariaga y Guillermo Pérez Sarrión nos han enseñado que los inmigrantes que llegaban a Madrid se organizaban mediante redes sociales que tomaron la forma de congregaciones o cofradías. Algunas podían tener su base en el oficio en el que entraban, pero otras giraban en torno a su lugar de procedencia. En Madrid, extranjeros y catalanes (“aragoneses”) fueron muy precoces en la formación de un tejido de apoyo y protección social a los “naturales” de sus regiones de origen. El siglo XVII y sobre todo, su primera mitad, conoció uno de los momentos estelares de estas agrupaciones foráneas. Pero la verdadera eclosión de las cofradías de naturales, ya fuese de Castilla o de Aragón, tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVIII. Obviamente, los migrantes nacionales no acudían a Madrid porque existiese este tejido social,

²¹ Véanse también M. Zylberberg, “Une centre financiere “peripherique”: Madrid dans le seconde moitié du XVIIIe siècle”, *Revue Historique*, 1983 (546), pp. 265-309 y R. Castro Balaguer, “Historia de una reconversión silenciosa. El capital francés en España, c. 1800-1936”, *Revista de Historia Industrial*, 2007, 33, I, pp. 81-118.

pero en el momento de decidir iniciar el viaje hasta la corte ayudaba mucho que sus compatriotas hubiesen organizado estas redes en el lugar de destino.

Tabla 2. Cofradías de naturales establecidas en Madrid, 1581-1793

Año	Castellanos	Advocación y Hospital
1684	Navarros	San Fermín
1715	Cántabros, vizcaínos	San Ignacio de Loyola
1723	Riojanos	Nuestra Señora de Valbanera
1727	Castellanos y leoneses	Santo Toribio Alonso Mogroviejo
1732	Arzobispado de Burgos	Santo Cristo de Burgos
1740	Gallegos	Santiago
1743	Asturianos	Nuestra Señora de Covadonga
1743	Naturales y empleados en Indias	Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico
1748	Obispado de Cuenca	San Julián
1749	Obispado de Sigüenza	Santa Librada
1750	Manchegos	Santo Tomás de Villanueva
1751	Madriileños	San Damaso, San Isidro
1752	Montañas de Burgos	Nuestra Señora de la Aparecida
Antes 1763	Andaluces	San Fernando
1793	Toledanos	San Ildefonso y santa Casilda
	Aragoneses	
1616	Catalanes ("aragoneses")	Nª Sª Montserrat (hospital antes de 1746)
Antes 1745	Aragoneses	Nuestra Señora del Pilar
1745	Valencianos	Nuestra Señora de los Desamparados
	Extranjeros	
1581	Franceses	San Luis de Francia (Hospital, 1616)
c. 1598	Italianos	San Pedro (hospital S. Pedro y S. Pablo, 1579)
1605	Flamencos	San Andrés
1606	Portugueses	San Antonio de Padua
1626	Portugueses	San Antonio
1635	Irlandeses	San Antonio
c. 1650	Escoceses	San Patricio (hospital)
		¿? (hospital)

Fuente: Elena Sánchez de Madariaga, *Cofradías y sociabilidad en el Madrid de la Edad moderna*, Madrid, UAM, 1996, Tesis doctoral inédita (esp. apéndice) y G. Pérez

Sarrión, "Las redes sociales en Madrid y la congregación de san Fermín de los Navarros, siglos XVII y XVIII", *Hispania*, 2007, LXVII, 225, pp. 209-254 (esp. 217-218).

Estos estímulos se combinaron con los derivados del propio tejido artesanal madrileño. Los gremios desplegaron mecanismos que amortiguaban las diferencias internas y buscaban el ideal de la mesocracia corporativa mediante el principio de la desigualdad limitada, es decir, que no hubiese excesiva distancia entre el miembro más rico del gremio y el más pobre. A mediados del Setecientos muchos artesanos seguían adscritos a una corporación, no solo porque las autoridades gremiales perseguían activamente a los que practicaban su oficio sin el título correspondiente, sino también porque reportaba importantes ventajas organizativas, productivas, comerciales y judiciales. Así, estas asociaciones obligatorias de maestros proporcionaban un acceso regular a las materias primas para todos sus miembros (estableciendo sus precios al por mayor y distribuyéndolas mediante un sistema cooperativo de repartos), intervenían en la fijación del valor de otros factores de producción (como los salarios que adaptaban a la movilidad del trabajo), definían la carrera laboral que permitiría poder regentar un taller, así como el precio de venta de sus géneros, facilitaban a los agremiados ejercer un cierto control sobre las contribuciones del colectivo a la Hacienda Real, y estaban preparados para afrontar el coste de los pleitos emprendidos por sus integrantes. A la postre, los precios finales, el campo de batalla de los oficios desde la baja Edad Media, estaban condicionados por el coste político y social inherente al régimen monopolista corporativo.

Así las cosas y pese a los límites al crecimiento palpables sobre todo a partir de 1780, Madrid atrajo a una buena cantidad de aspirantes a la maestría debido al atractivo de sus variados mercados de trabajo. Y puede defenderse que estos estuvieron tras el crecimiento de la ciudad, que pasó de 150.000 habitantes en 1750 a 190.000 en 1800. En los primeros años del siglo XIX la tendencia al alza cambió y la pauta demográfica pasó por un periodo de inestabilidad. Las graves crisis de principios del siglo XIX –la de desabastecimiento de 1804, la provocada por la guerra de la independencia y

el hambre de 1812- causaron una gran mortandad y la salida de mucha gente de la ciudad. Según Carbajo, estos procesos llevaron a cifras similares a las de principios del siglo XVIII, es decir, a unos 120.000 habitantes. Pero, a partir de 1814, la recuperación fue muy rápida y la ciudad ya superaba los 200.000 habitantes en 1825. La epidemia de cólera de 1834 no impidió la continuidad del crecimiento, de modo que en 1846 se logró alcanzar la cifra de 231.000 habitantes²². Esta rápida recuperación de la población también descansó sobre los hombros de unos mercados de trabajo que se revelaron más resistentes de lo pensado hasta ahora.

Inmigración, oficios y gremios artesanos en Madrid, 1700-1836

Todos los analistas coinciden en que este crecimiento fue provocado por el movimiento migratorio. Y la misma Carbajo añade que este movimiento se distinguía de otros anteriores por ser más diverso desde el punto de vista regional, aunque seguía siendo predominantemente nacional. Los libros de matrimonios de los archivos parroquiales –excluyen, por tanto, los solteros– revelan que entre 1650 y 1836 la mayoría de los migrantes procedían de Castilla La Mancha -uno de cada cuatro migrantes, de los que muchos eran mujeres– seguidos de los de la provincia de Madrid (16,9%) y Castilla León (16,3%). Entre las regiones periféricas destacaba la aportación de asturianos (10%) y gallegos (8,8%), siendo el aporte del resto del país mucho menor. Estos eran los flujos que garantizaban el crecimiento o al menos la estabilidad de la población urbana²³. Madrid fue una ciudad bastante reacia a admitir a migrantes extranjeros. Los cálculos de Carbajo confirman que entre 1750 y 1836 la población extranjera supuso un promedio del 2,23% del total de migrantes, siendo un porcentaje algo mayor en el caso de los varones (2'3 %) ²⁴.

²² M. F. Carbajo Isla, *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, 1987, pp. 227-230.

²³ M. Carbajo, "La inmigración a Madrid (1600-1850)", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 32, 1985, pp. 72-73 y *La población...*, pp. 115 y 120-125.

²⁴ M. F. Carbajo, *Ibid.*

Si Madrid creció gracias a la aportación de la población nacional y, sobre todo, de la más cercana a la ciudad, se impone preguntarse ¿cuál fue el papel de los artesanos en estos flujos? Ya hace tiempo que David Ringrose desarrolló un modelo dual de la población madrileña en el que conviviría un núcleo estable y una población flotante. Esta dualidad formaba parte de un mercado de trabajo que situaba a los artesanos en ese núcleo como trabajadores estables y cualificados, mientras que la población flotante estaría integrada por inmigrantes temporales, descualificados y muy atados a la demanda de servicios. Ringrose identificó también a los protagonistas de la emigración atendiendo a la distancia: mientras que los artesanos cualificados – varones en su mayoría- capitalizarían los movimientos de larga distancia, la de corta sería básicamente femenina, sin cualificar y volcada a los servicios y la venta ambulante²⁵.

Este modelo general ha sido criticado por autores que han estudiado el sector servicios y a la mano de obra femenina, negando que exista una relación entre masculinización y larga distancia. Esta falta de relación también se puede apreciar en ese mismo núcleo estable de población representada por los artesanos cualificados, sobre todo, si analizamos esta realidad desde la diversidad de los oficios²⁶. Un indicador bastante fiable lo tenemos en las cifras de los artesanos que llegaron a ser maestros en Madrid, que reflejan tanto lo que estaba pasando a nivel nacional, como la evolución de los mercados artesanos de trabajo a lo largo del siglo XVIII y comienzos del XIX²⁷.

²⁵ D. Ringrose, *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Madrid, 1985, pp. 50-54 y 82-86.

²⁶ C. Sarasúa, *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, 1994, pp. 34 y ss.

²⁷ La información que todo candidato a maestro debía presentar incluye datos biográficos rudimentarios pero muy valiosos para evaluar el recorrido de los artesanos hasta establecer su taller independiente. En la inmensa mayoría de las veces, el escribano del gremio indicaba en la carta el lugar de nacimiento del maestro (en muy pocas no aparece este dato o es imposible de determinar con razonable certeza). Es decir, podemos analizar con mucha precisión de dónde procedían los nuevos maestros madrileños en el siglo XVIII. Para proceder a nuestro análisis geográfico hemos establecido como patrones de referencia las comunidades autónomas actuales. Nos gustaría mostrar la información de otros colectivos, pero por desgracia, desconocemos el origen del personal que trabajaba en los talleres y empresas ajenas a los gremios. Sólo sabemos que de los 36 aprendices que pasaron entre 1740 y 1776 por la Real Fábrica de Alfombras de J. Alencaster dominaban los nacidos en la capital (61%). *Memorias de la Sociedad Económica, II*, 1780, Madrid, pp. 229-237.

Tabla 3. Procedencia de los nuevos maestros artesanos examinados en Madrid, 1700-1836

	1700-1749		1750-1799		1800-1836		1700-1836	
	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
Madrid	722	25,1	981	29	1055	34,1	2758	29,5
Provincia	260	9	304	9	256	8,3	813	8,7
Resto España	1035	36	1775	52,6	1613	52,2	4423	47,4
Extranjeros	170	5,9	173	5,1	132	4,2	475	5,1
No consta	683	23,7	140	4,1	34	1,1	857	9,1
Total	2870	100	3373	100	3088	100	9331	100

La muestra con la que trabajamos se compone de 9.331 casos de nuevos maestros y la hemos dividido en tres tramos cronológicos -1700-1749, 1750-1799, 1800-1835- en aras a ver la evolución de los flujos migratorios. Estos tienen en cuenta a los naturales de la propia ciudad, los procedentes de corta distancia (“provincia”), los de media y larga distancia (“resto de España”) y los internacionales (“extranjeros”)²⁸. La muestra tiene una consistencia menor en la primera fase -1700-1749- dado que en casi una cuarta parte de las cartas de examen los escribanos no consignaron la naturaleza del nuevo maestro y gana en fiabilidad al ser prácticamente insignificante el rubro “no consta” en el último período (1800-1835).

Ya en la primera mitad del siglo XVIII se aprecia que la ciudad atrae a un importante número de nuevos maestros de procedencia nacional no madrileña (36 por ciento, u once puntos más si descontamos los casos sin procedencia). Y este grupo aún subirá su representación en la segunda mitad del siglo –hasta el 52 por ciento-, para no sufrir variaciones en las primeras décadas del siglo XIX. Las cifras de las aportaciones de los nuevos maestros de procedencia

²⁸ Este estudio está todavía en fase de elaboración. En un futuro el rubro “resto de España” será dividido por agregados provinciales, lo que sin duda facilitará la explicación y mostrará más claramente los flujos de larga distancia del territorio nacional.

madrileña y de su provincia crecerán a lo largo del período estudiado, pero nunca en conjunto superarán el 50 por ciento del total. Por su parte, la población extranjera disminuyó su aportación de nuevos maestros, pasando de casi el 6 % en 1700-1749 a alcanzar su mínimo en la última fase (4,2%).

En suma, al igual que el resto de gremios europeos, los madrileños se renovaron por una inyección regular de entradas exógenas²⁹. Durante el siglo XVIII Madrid no se cerró en sí misma y ofreció estímulos que compensaran viajar hasta ella con el fin de ganar cualificación y lograr alcanzar la maestría en un oficio artesano. Los datos globales del período 1700-1836 revelan que casi dos de cada tres nuevos maestros no habían nacido en Madrid, pero sí en una localidad española (56,1%). La capital se había convertido en una cámara de registro para varios oficios o el referente de la obtención de la cualificación formal para muchos artesanos del resto del país. La situación cambió poco en el XIX, cuando las condiciones de la guerra y la consiguiente retracción económica afectaron levemente a este trasiego de aspirantes a la maestría: en las cuatro primeras décadas creció el peso de los madrileños –hasta el 34,1%–, mientras los aportes del resto del país permanecieron sin cambios. Las cercanías de Madrid parece que sufrieron más con las alteraciones del cambio de siglo, aunque tampoco fue un cambio notable.

Esta visión general de la evolución de la procedencia de los nuevos maestros madrileños quedaría inconclusa sin un análisis de la misma atendiendo a los oficios, visto en muchos casos desde el prisma de los gremios. Las cifras aportadas desde esta perspectiva revelan pautas de movilidad específicas de cada oficio y los mercados de trabajo que los mismos estaban formando. Esta última apreciación es importante, pues permite contrastar los resultados madrileños con los obtenidos para Alemania por Reinhold Reith, uno de los pocos estudios que han analizado los mercados de

²⁹ Un estudio pionero en este sentido es el de E. J. Shephard, "Movilidad social y geográfica del artesanado en el siglo XVIII: estudio de la admisión a los gremios de Dijon, 1700-1790", en V. López y J. Nieto (eds.) *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna*, Libros de la Catarata, Madrid, 1996, pp. 37-69.

trabajo atendiendo a los oficios, relacionándolos con aspectos como su tendencia a la movilidad o el sedentarismo, el estado civil de los artesanos, las redes sociales y de solidaridad que tejieron, la acción colectiva, la producción y demanda urbana, el grado de urbanización o la misma organización corporativa con su política de apertura o restricción a nuevos miembros³⁰.

Veamos primero la procedencia de los nuevos maestros gremiales. Para ello, hemos fijado unos umbrales relativos que señalan cuándo una corporación se puede entender “abierta” (menos del 31 por ciento de sus nuevos miembros madrileños), o “cerrada” (más del 50 por ciento de procedencia madrileña). Es cierto que muchos escribanos del primer corte cronológico no consignaron el origen de los nuevos maestros, pero la tendencia es clara cuando la muestra se hace más fiable. Tejedores de lienzo, cereros, sastres, ropavejeros y prenderos mostraron durante todo el período ser unas corporaciones muy dadas a incorporar nuevos maestros foráneos, pues ninguna de ellas sobrepasó el 30 por ciento de madrileños en sus filas. Por parte de los gremios que podemos considerar “cerrados” no hay una tendencia clara: los hubo que se mantuvieron en una franja intermedia, como cerrajeros y ebanistas –estos con una importante tendencia al cierre-, mientras que los carpinteros se nutrieron de nuevos maestros madrileños más del 40 por ciento de madrileños en sus nuevas incorporaciones, e incluso al final, más del 50 por ciento; los pasamaneros, guarnicioneros y silleros también compartieron esta tendencia al cierre, pero los zapateros de nuevo y los coleteros fluctuaron mucho en todo el período. Los herreros pasaron de casi un 50 por ciento de madrileños a ser un gremio muy abierto en 1830.

³⁰ R. Reith, “Circulation of Skilled Labour in Late Medieval and Early Modern Central Europe”, en S. R. Epstein y M. Prak (eds.), *Guilds, Innovation and the European Economy, 1400-1800*. Cambridge University, Cambridge, 2008, pp. 114-142.

Tabla 4. Gremios abiertos y cerrados en Madrid, 1700-1835 (Porcentajes de población madrileña)

	0 -30 %	31-50%	51 y más
1700-1749	Tejedores de lienzo (4,3), Violeros (5), Cereros (10,2), sastres (12,2), ropavejeros (14,7), cotilleros (15,1), Cabestreros, vidrieros (16,2), peineros (17), Guanteros (20,4), odreros/boteros (22,2), zapateros de nuevo (25,2), cuchilleros (26,7), jalmeros (27,2)	coleteros (30), ebanistas (31,5), pasamaneros (31,8), Cordoneros (33,8), maleteros (34,2), sombrereros (33,9), Esparteros (34), Cerrajeros (38,5), Curtidores (39,1), Torneros (40), Guarnicioneros (40,3), Caldereros (40,7), Carpinteros (41,%), pasteleros (44,7), silleros (49,2)	Silleros de paja (57,6), Zurradores, zapateros de viejo 60
1750-1799	Tejedores de lienzo (9,5), Sastres (12,6), Carreteros (15,2), Cereros (15,4), Prenderos (16,4), Ropavejeros (18,7), Caldereros (25), Sombrereros (30)	Silleros de paja (33,3), Ebanistas (37,5), Cotilleros (38,8), Cerrajeros (40,9), Cuchilleros y doradores (45), Carpinteros (45,8), Zapateros de viejo (46,8), Esparteros (47,8), Herreros (48,1)	Silleros (50), Zapateros de nuevo (50,9), Pasamaneros (51,3), Puertaventaneros (51,8), Coleteros y Guarnicioneros (57,1), Cordoneros (57,4), Pasteleros (66,6)
1800-1836	Confiteros (14,3), Herreros (17,8), Sastres y cereros (21,6), Tintoreros (24,4) Carreteros (25,4), Prenderos (29,8), Ropavejeros y Pasteleros (30)	Caldereros (32,1), Guarnicioneros (33,3), Silleros de paja (35,9), Cerrajeros (36,8), Cabestreros (37,4), Zapateros (42,6), Maestros de hacer coches (43,4), Ebanistas (46,7), Coleteros (47,6)	Carpinteros (51,8), Vidrieros (56,9)

*En negrita y subrayado los oficios que tienen un 30 % superior de no consta en el período 1700-1749 y del 20 por ciento, en el de 1750-1799.

Vistas estas pautas generales, interesa hacer primero una breve exposición de los cinco grandes mercados de trabajo artesanos analizados por Reith, y después pasar a estudiar cómo se organizaron esos mercados en Madrid en aras a poder ver mejor las similitudes y contrastes. En lo que sigue, la exposición incluye también mercados de trabajo que no estuvieron solo en manos de los gremios madrileños y, por tanto, podremos adentrarnos en algunos casos en los que despunta la dinámica reproductiva de los oficios no agremiados.

El primer mercado de trabajo estudiado por Reith está liderado por los principales oficios de la construcción, como albañiles y carpinteros, y asume que las grandes obras requerían una importante fuerza de trabajo, lo que facilitaría distinguir entre un núcleo estable de mano de obra cualificada que se complementaría con oficiales y trabajadores estacionales. Mientras el núcleo estable se nutriría de trabajadores “nativos”, la periferia procedería de territorios bastante alejados de su lugar de trabajo, de regiones pobremente urbanizadas, mientras que otros lo harían del entorno de ciudades grandes. El segundo tipo de mercado laboral de Reith se aplica a los oficios que producen en talleres pequeños y cuyos productos se distribuyen de manera extralocal. En este grupo se incluyen oficios textiles como tejedores y productores de prendas de punto, y a pesar de las grandes diferencias regionales, sus protagonistas, los oficiales, residían en las ciudades y eran generalmente bastante menos numerosos que en los grandes oficios de la construcción. El mercado laboral de estos oficios no estaba sujeto a una reglamentación gremial excesivamente rigurosa. El siguiente mercado de trabajo estaba en manos de los oficios de pequeña escala vinculados con el sector de la alimentación, como panaderos, cerveceros, molineros o carniceros. En Alemania estos oficios se nutrían de mano de obra procedente de los alrededores de la región y los oficiales eran por lo general de origen rural. Otro rasgo era el importante dominio de los gremios urbanos, de manera que las corporaciones excluían a los oficiales procedentes de otras regiones, a menudo con la excusa de que no habían ejercido el preceptivo largo período de aprendizaje. El cuarto mercado de

trabajo se relaciona con los oficios que elaboraban manufacturas básicas como sastrería, zapatería, cerrajería o ebanistería. Para Reith estos oficios obtenían su fuerza de trabajo de un ámbito local y también, aunque menos, de áreas más alejadas. Ya que estos oficios producían objetos de bajo valor para satisfacer las necesidades diarias, experimentaron un gran desarrollo. Aún así, se distinguen por su falta de especialización, y sus oficiales pudieron viajar de ciudad en ciudad dentro de una red bastante tupida que facilitaría a la postre su acción colectiva. El quinto tipo de mercado de trabajo de Reith lo componen oficios pequeños, muy especializados y nítidamente urbanos, como los encuadernadores de libros, campaneros, torneros, jalmeros, hojalateros o pasamaneros. Estos oficios contaban con pocos maestros e incluso menos oficiales, y en ellos la proporción de oficiales que viajaba desde largas distancias era muy alta.

Los mercados artesanos de trabajo en el Madrid de finales de la Edad Moderna

Una vez expuestos los rasgos generales de la migración de los oficios madrileños y el modelo de Reith, podemos pasar a ver qué mercados de trabajo artesanos hubo en Madrid. Como ya advertimos en otro artículo, en el Madrid del siglo XVIII es posible hablar de varios mercados laborales segmentados³¹. Algunos se adaptan bastante bien al modelo de Reith, mientras otros siguen pautas muy diferentes.

El primer mercado está integrado por los grandes oficios de la construcción (albañiles, carpinteros de armar, pintores), sin control gremial y

³¹ Para esta categorización de los mercados laborales también es útil la propuesta de F. Díez realizada para Valencia, en *Viles y mecánicos. Trabajo y sociedad en la Valencia preindustrial*, Valencia, 1990, pp. 60 y ss, y que incluye a los gremios cerrados (curtidores), los que programaron su cierre (plateros) y los que abrieron sus puertas en respuesta a los cambios económicos y demográficos del siglo (carpinteros, zapateros, albañiles, horneros y oficios de la seda). Para el caso cerrado de los curtidores madrileños, J. C. Zofío ilustra pautas muy similares en el siglo XVII a las apuntadas por Díez y extrapolables al XVIII en "Reproducción social y artesanos. Sastres, curtidores y artesanos de la madera madrileños en el siglo XVII", *Hispania*. 2011, 237, 87-120, y "Artesanos ante el cambio social. Los curtidores madrileños en el siglo XVII", *Cuadernos de Historia Moderna*, 2012, 37, pp. 127-150.

que requerían una abundante mano de obra madrileña y, sobre todo, de lugares más alejados. El segundo, lo formaban los oficios del abasto de alimentos (panaderos, carniceros), que observaban formas atípicas de agremiación y muchos de sus trabajadores procedían del medio rural próximo. Otro mercado estaría representado por los oficios que elaboraban productos básicos, nutridos en número, con un destacable influjo gremial y que reclutaban a sus maestros parcialmente en Madrid (carpinteros, cerrajeros), o en un ámbito muy abierto, siendo posible vislumbrar redes de trabajo itinerante en el caso de los sastres. La cuarta categoría incluye oficios pequeños pero especializados, que no producían bienes de primera necesidad, reclutaban una importante mano de obra de larga distancia y en algunos casos habían obtenido el reconocimiento previo de su cualificación en otros lugares (sombrereros, cereros, cotilleros). La quinta categoría, la forman oficios organizados en talleres bajo control corporativo (pasamaneros, herreros), que requieren de cierta inversión productiva y se nutren de mano de obra madrileña. En estos oficios es donde se tendió más a la endogamia, pues varias sagas de artesanos se valieron de ocupar la veeduría o la simple maestría para introducir en el oficio a sus hijos y parientes. Un sexto mercado de trabajo estaba formado por los oficios del transporte, muy importante en una ciudad donde los tráficos dependieron en exclusiva de los caminos terrestres.

Interesa subrayar que en este modelo no tuvo apenas lugar la migración extranjera. De hecho, entre 1700 y 1835 esta migración de larga distancia se redujo a 475 individuos que alcanzaron la maestría gremial en Madrid (5,1%). Su evolución en términos relativos fue descendiente, pasando del 5,9 por ciento en 1700-1749 de los nuevos maestros al 4,2 por ciento en 1800-1830. El grueso eran sastres -261-, mayoritariamente franceses (52,8%), seguidos a mucha distancia de italianos, flamencos y alemanes. Muchos menos eran los nuevos maestros carpinteros, sombrereros y cotilleros de procedencia extranjera. El escaso peso de estas “maestrías extranjeras” indica que en Madrid no hubo equilibrio entre población autóctona y foránea. Esta norma se repite en el XIX con más restricciones: de los 132 nuevos maestros foráneos,

53 son sastres, 24 zapateros, 11 guarnicioneros y 10 prenderos. Hablamos, en suma, de una población agremiada básicamente española.

Se puede adelantar que una de las principales diferencias con relación al modelo de Reith radica en el mercado integrado por los oficios pequeños dedicados a producir para la exportación. En Madrid este tipo de mercado de trabajo no tuvo presencia, en tanto que muy pocos oficios se dedicaron a producir para mercados exteriores a la ciudad. Sí lo hicieron los pasamaneros, pero sus pautas se adaptan mejor a mercados de trabajo con reglas corporativas estrictas. Otra de las aportaciones de los mercados de trabajo madrileños radica en los oficios del transporte dada la naturaleza de nuestra ciudad y su dependencia del tráfico de carretas o a lomo de animal.

Veamos más en detalle la organización de estos mercados y, sobre todo, la procedencia de sus integrantes teniendo en cuenta la perspectiva de los gremios, y cuando sea posible, de los oficios.

El mercado de trabajo de la construcción

Los oficios de la construcción madrileña se adaptan bien a las pautas diseñadas por Reith. Al igual que los oficios alemanes, los madrileños contaban con una periferia formada por trabajadores procedentes de larga distancia – sobre todo, canteros cántabros-, y un núcleo de trabajadores madrileños. Hemos de tener en cuenta que en la ciudad era el sector productivo que más empleo generaba tras el servicio doméstico. Si nos situamos en 1757, la construcción continuaba siendo la actividad manual con más peso de la ciudad con sus 4.379 albañiles (4.127 peones). Entre 1759 y 1788 estos números encuentran respaldo en las 731 licencias de edificación concedidas por el concejo -30 respondían a obras en el Palacio Real, Salón del Prado, Hospicio, Hospital General...- que llegaron a ocupar a cerca de 10.000 personas, un número insuficiente en todo caso para absorber a los inmigrantes que llegaban a la ciudad anualmente.

En general, la construcción afrontó el crecimiento urbano mediante la permanencia de su estructura y organización interna, destacando el elevado número de pequeños maestros que empleaba a un puñado de trabajadores. Sea como fuere, la masa de pequeños maestros cada vez dependía más de los prestigiosos arquitectos y maestros de obras -78 en 1757, 172 en 1797-, un oficio que ya había adquirido el reconocimiento de *arte* y del que salían los contratistas que acaparaban los principales encargos. Pero lo curioso es que los arquitectos foráneos a sueldo de la monarquía obtenían los mejores, mientras que los nacionales se agruparon en la Congregación de Nuestra Señora de Belén con el fin de recabar el apoyo del Consejo de Castilla y negarse a aceptar las obras menores. La posterior aparición de la Academia de Bellas Artes acabó por restar protagonismo a esta congregación al arrancarle la formación y concesión de títulos de los aspirantes a maestros³².

Las grandes diferencias que se abrían en la cúspide del sector - vinculadas muy estrechamente con la procedencia de sus protagonistas-, se reproducían en la cantería. Entre los canteros que acudían a las obras de la ciudad había una cesura importante entre los que estaban vecindados y los que procedían de lugares muy lejanos, pues como poco debían recorrer 250 kilómetros de distancia para satisfacer la demanda madrileña. Esto remite a migraciones de medio y largo alcance, y sobre todo, a movimientos laborales que inciden en la procedencia de operarios de áreas concretas, dotadas de un prestigio colectivo y donde la recluta de la mano de obra fusionaba parentesco y paisanaje.

Llama la atención en este punto que las solicitudes de agremiación de los canteros aludan a un conflicto permanente entre vecindados en Madrid y forasteros. En 1766, solo unos meses después del motín contra Esquilache, 144 “profesores del arte de la cantería” vecinos de Madrid pedían formar un

³² J. Ortega, “Los inicios de la transformación borbónica, 1725-1765”, pp. 62-63, en V. Pinto y S. Madrazo (dirs.) *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, siglos XI- XIX*, Lundwerg, Barcelona, 1995.

gremio “y ser preferidos a los canteros forasteros”, nada menos que en las obras que se realizasen en la ciudad, en las cinco leguas de su contorno y los Sitios Reales. Catorce años más tarde, otra petición similar solo fue apoyada por 25 canteros e incidía en la preferencia de los “madrileños” con relación a los foráneos, incorporando en su justificación el estado de necesidad de los solicitantes así como la homologación con las ciudades del reino de Aragón y Andalucía, donde, según los canteros, se estilaba esta diferenciación³³. Pero muchos de los avecindados tampoco eran naturales de Madrid, sino del norte de Castilla, Cantabria, País Vasco y, en menor medida, de Galicia y Navarra. Y, pese a que ya su presencia no era tan fuerte como en el siglo XVII, las cuadrillas cántabras de la Trasmiera –concretamente del valle de Liendo– llegaban todavía a Madrid en la década de 1760³⁴. En estos años los que habían desaparecido eran los italianos, que al comienzo de la construcción del Palacio Real nuevo formaban parte del contingente de más de 200 operarios encargados de la obra regia. Pronto fueron insuficientes y, ya en 1739, Juan Bautista Saqueti solicitaba el refuerzo de 500 canteros que deberían ser reclutados en el País Vasco, las montañas de Burgos y Cataluña. La aportación de los celebres canteros de Colmenar Viejo, localidad próxima a Madrid y de la que se extrajeron ingentes cantidades de piedra para el nuevo palacio real, es desconocida, pero sin duda no sería despreciable.

El mercado de trabajo de los oficios de la alimentación

En Madrid, el principal mercado de trabajo del abasto alimentario madrileños -la panadería- se adapta bien al modelo de Reith en el punto de la

³³ AHN, *Consejos*, lib. 1353, ff. 509r-518v. y lib. 1.368, ff. 408r-411v.

³⁴ La relación de los 144 canteros de 1766 no facilita la procedencia explícita de estos, pero el cruce con otras fuentes revela que a Madrid acudían principalmente los citados en el texto. Sobre la migración de canteros de Trasmiera o de la Junta de Voto existe una amplia bibliografía que comienza con la obra de F. Sojo y Lomba, *Los maestros canteros de Trasmiera*, Madrid, 1935, y ha conocido un renacimiento en los últimos años con los estudios de B. Alonso Ruiz, *El arte de la cantería: los maestros trasmeranos de la Junta de Voto*, Santander, Universidad de Cantabria, Asamblea Regional de Cantabria, 1992; M. A. Aramburu-Zabala Higuera, Celestina Losada Varea y Ana Cagigas Aberasturi, *Los canteros de Cantabria*, Santander, Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Cantabria, 2005, y Olav Mazarrasa Mowinckel, *Mazarrasa: maestros canteros y arquitectos de Trasmiera*, Santander, Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria, 2008.

procedencia rural pero no en el dominio gremial. Para garantizar el suministro de pan a la ciudad, se articuló desde casi la instalación de la Corte un sistema de abasto que obligaba a hacer el pan destinado a Madrid en los lugares de origen –*el pan de registro*–, es decir, relativamente cerca de la ciudad, en un medio rural y fuera del control corporativo. Esta provisión por parte del entorno y la de los privilegiados en sus propias casas, desalentó la aparición de una importante industria panadera en la ciudad. Pero este sistema no eliminó los problemas derivados de las cíclicas crisis de subsistencia, lo que a la postre redundó en una reducción del número de pueblos productores y en una disminución de la distancia entre estos y el mercado urbano. De este modo, las 106 aldeas y villas que suministraban pan a Madrid se contrajeron a 7, destacando entre todas ellas la de Vallecas. Durante buena parte del siglo XVIII de esta aldea lindante con Madrid procedería una buena parte del pan urbano, así como de sus productores. Los panaderos de la ciudad pretendieron deshacerse de estos competidores rurales, pero tuvieron que aceptar su presencia en las ordenanzas de 1758³⁵. Y cuando las medidas de proteccionismo fueron suspendidas en aras a la liberalización del abasto de pan, los beneficiarios no fueron ni los madrileños ni los vallecanos, sino los procedentes del Cantal en Francia. De las 94 tahonas de 1838, 30 estaban en mano de cantaleses³⁶.

Ciertos oficios de la alimentación madrileña siguieron pautas diferentes a las planteadas por Reith debido al proteccionismo de los consumidores auspiciado por el Estado. En el caso de la carne, la procedencia externa a Madrid de los carniceros contó con el aliento estatal: a partir de la década de 1740, buena parte de los carniceros que sirvieron las tablas en Madrid fueron contratados en Valencia y contaron con un laxo control corporativo. Lo mismo sucede con los cerveceros: al ser un producto ajeno a la tradición española, estuvo desde el principio en manos de flamencos. A comienzos del siglo XIX,

³⁵ C. de Castro, *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 205 y ss; J. U. Bernardos, *Trigo castellano y abasto madrileño. Los arrieros y comerciantes segovianos en la Edad Moderna*, Salamanca, 2003.

³⁶ R. Duroux, *Les Auvergnats de Castille. Renaissance et mort d'une migration au XIXe siècle*, Clermont-Ferrand, 1992, pp. 180-181.

fueron artífices alemanes los que dirigían al menos 3 de las 7 fábricas de cerveza de la ciudad³⁷.

Cuando pasamos a los oficios de la alimentación que sí contaron con una regulación corporativa la tónica es la diversidad incluso en oficios afines como la pastelería y la confitería. Las 103 cartas de examen de los pasteleros reflejan una procedencia mayoritariamente madrileña –52- en todo el siglo XVIII, pero en la década de 1820 diversificaron tanto su procedencia que ninguno de los diez examinados en esa década eran de Madrid. Los confiteros se reprodujeron a base de oficiales que no eran madrileños –de 148 cartas, solo 24 son de la ciudad-, predominando los que venían de Castilla León (35) y Castilla La Mancha (22). Además, había un buen número de asturianos (16), y no eran pocos los que habían aprendido en sus ciudades de origen, para luego ir a Madrid a examinarse. Como los sastres que vimos en la introducción de este trabajo, hubo aragoneses y valencianos que no renunciaron a su vecindad y acudieron a Madrid solo a sacarse el examen. Al ser un oficio considerado de lujo, entre sus componentes se hallaban maestros que habían aprendido en los reales sitios o que seguían a la corte en sus desplazamientos.

El mercado de trabajo de los oficios de elaboración de productos básicos

En Madrid el modelo de Reith de mercado laboral de los oficios de elaboración de productos básicos se ajusta bien a los carpinteros, zapateros y ebanistas, lo hace de forma regular con los cerrajeros y mal con los sastres. Por supuesto, todos estos oficios contaban con un importante influjo gremial y eran muy numerosos, tanto si tenemos en cuenta los artesanos que estaban englobados en las corporaciones respectivas como los que intentaban zafarse a ese control. No menos de 3.600 estaban incorporados como maestros, oficiales, mancebos o aprendices en los cinco oficios citados, aunque eran más los que estaban fuera de las corporaciones. Vayamos por partes.

³⁷ AVM, *Secretaría*, 2-369-1.

En cuanto a los zapateros, hay que correr para decir que en Madrid había dos oficios de zapateros, el primero, el de viejo o remendón, muy popular por ser asequible a la demanda de las clases trabajadoras, y el segundo, el de obra prima, más selecto por dar servicio a aquellos madrileños con mayor poder adquisitivo. De los remendones solo tenemos información para el siglo XVIII, pero es suficiente para apuntalar la primacía de la procedencia madrileña. Sus homólogos de nuevo remiten a un modelo mixto con fuerte presencia de oficiales de Madrid y sus pueblos, pero un protagonismo creciente en el tiempo de los foráneos y en especial de un grupo de zapateros extranjeros en los primeros años del XIX. Los ebanistas comparten estos rasgos con los zapateros de nuevo: era un oficio con fuerte presencia madrileña pero la naturaleza cortesana y el componente lujoso tanto de su oferta como su demanda atrajo a una minoría selecta de candidatos extranjeros.

Los carpinteros también comparten este último rasgo. Pero si atendemos a las cartas de examen, salta a la vista que tuvieron pautas muy dependientes de la coyuntura y, en consecuencia, de la propia demanda de obras vinculadas con las clases privilegiadas de la ciudad. A comienzos del XVIII el 57% de las cartas se expidieron a madrileños –el 68,5% si incluimos a los de la provincia. En este punto, los carpinteros observan patrones que se acercan al mercado de trabajo propuesto por Reith: muchos nuevos maestros procedían de pueblos cercanos a Madrid –Colmenar de Oreja, Torrejón de Velasco, Navalcarnero- y de localidades de Castilla La Mancha próximas a Toledo. Como buena parte de estos nuevos maestros no parece haber tenido voluntad de establecerse en Madrid, todo apunta a que el gremio madrileño de carpinteros fue utilizado como oficina de registro de la cualificación laboral del entorno capitalino.

A finales de siglo, se produjo un vuelco coyuntural en las procedencias de los carpinteros: en 1790, más de la mitad de los nuevos maestros eran oriundos de Castilla la Mancha y algo menos de Castilla-León, lo que restó presencia a las aportaciones madrileñas. Pero desde 1800 se volvió al modelo

anterior incluso más pronunciado: en 1830 el 60% de los nuevos maestros eran madrileños y las otrora importantes aportaciones castellano manchegas volvieron a niveles menores del 15%. Esta retracción de la inmigración de media distancia se compensó parcialmente con los aportes de nuevos maestros procedentes de lugares más alejados (tabla 5).

Tabla 5. Procedencia de los nuevos maestros carpinteros examinados en Madrid, 1700-1830

	1700-1749		1750-1799		1800-1830		1700-1830	
	T	%	T	%	T	%	T	%
Madrid	110	41,5	198	45,8	226	51,8	534	47,1
Provincia	42	15,8	52	12	34	7,7	128	11,2
Cas. Mancha	61	23	78	18	64	14,6	203	17,9
Cas. León	11	4,1	43	9,9	27	6,1	81	7,1
Extranjeros	5	1,8	2	0,4	2	0,4	9	0,7
Otros	24	9	56	12,9	80	18,3	160	14,1
No consta	12	4,5	3	0,6	3	0,6	18	1,5
Total	265	100	432	100	436	100	1133	100

Los cerrajeros incorporaron un modelo mixto: se nutrieron, sobre todo, de madrileños, pero también de castellanos de ambas mesetas. Las normas del gremio pretendieron apuntalar el cierre corporativo, pero no lo consiguieron. Desde 1780 exigieron pruebas de limpieza de sangre y preveían que aquellos que hubiesen ejercitado el oficio fuera de la corte y quisieran examinarse, debían pagar igual que el resto de oficiales, pero necesitarían una partida de bautismo, una certificación de ser cristiano viejo, de buena vida y costumbres, y del maestro con quien hubiese aprendido y ejercido el oficio, legalizada por un escribano. Estas medidas bien pudieron disminuir el número de nuevas incorporaciones castellanas, pero no impidieron que aumentasen las aportaciones de migrantes de larga distancia.

Tabla 6. Procedencia de los nuevos maestros cerrajeros examinados en Madrid, 1700-1830

	1700-1749		1750-1799		1800-1830		1700-1830	
	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
Madrid	37	38,5	61	40,9	53	36,8	151	38,8
Madrid provincia	12	12,5	12	8	11	7,6	35	8,9
Castilla León	12	12,5	22	14,7	21	14,5	55	14,1
Castilla La Mancha	14	14,5	26	17,4	17	11,8	57	14,6
Galicia	3	3,1	2	1,3	8	5,5	13	3,3
Asturias	3	3,1	6	4	5	3,4	14	3,5
Otros	4	4,1	7	4,6	17	11,8	28	7,1
Extranjeros	0	0	5	3,3	4	2,7	9	2,3
No consta	11	11,4	8	5,3	8	5,5	27	6,9
Total	96	100	149	100	144	100	389	100

La sastrería requería de un importante volumen de mano de obra, que incluía un núcleo de trabajadores estables y casados, y una periferia de operarios temporales, generalmente jóvenes y solteros. Así lo exigían las fluctuaciones de la demanda: los sastres vivían su auge laboral en la Pascua y otros festivos, de manera que los oficiales tuvieron que acostumbrarse a que en el período previo a esas celebraciones los maestros contratasen a aprendices y trabajadores por meses (*meseros*) o años (*añeros*). A ellos se podían añadir incluso oficiales forasteros que venían a trabajar temporalmente para volver a sus localidades de origen una vez ahorrado algo de dinero. El trabajo femenino también suponía una competencia para los oficiales, pues en Madrid surgió una industria de "*batas, manteletas, capotillos y cabrioles*" realizada por mujeres en sus propio hogares, amén de su participación en las redes de subcontratación de trabajos de confección estructuradas por los mercaderes de ropería de nuevo y que se nutrían de operarios –tanto varones como mujeres- que trabajaban en Madrid y en su entorno cercano.

Así las cosas, la información contenida en las cartas de examen de los sastres los aparta nítidamente de la norma de reclutamiento en el ámbito local. En 1790 más de ocho de cada diez nuevos maestros sastres no eran madrileños, un claro síntoma de la apertura del gremio a los forasteros (véase tabla 7). Estos eran sobre todo castellanos de ambas mesetas -36%-, así como gallegos, asturianos, aragoneses y catalanes (casi el 25%). Las cartas remiten a la oficialía itinerante sugerida por Reith, pues muchos oficiales habían ejercido el oficio en una o dos villas antes de examinarse en Madrid. Por último, uno de cada diez nuevos maestros era extranjero, sobre todo, de Francia, país que dictaba las modas del momento. La industria de la confección madrileña no atraía a andaluces, murcianos, extremeños o cántabros, áreas que habrían organizado sus propios mercados de trabajo en el sector. La evolución posterior de los sastres se escribe en otra clave: a medida que disminuía la incorporación de nuevos maestros, crecía la presencia de madrileños. El fin del proceso es paradigmático: en los años 1830 uno de cada tres nuevos sastres era madrileño, mientras los aportes de las dos Castillas se hundían a mínimos históricos. Madrid, o al menos su sistema gremial, ya no era la referencia para los aspirantes a maestros sastres procedentes de otros lugares del país.

Tabla 7. Procedencia de los nuevos maestros sastres examinados en Madrid, 1700-1830

	1700-1740		1750-1790		1800-1830	
	T	%	T	%	T	%
Madrid	103	11,9	155	12,9	118	20
Provincia	97	11,2	78	6,5	37	6,2
Castilla La Mancha	139	16	262	21,9	96	16,3
Castilla León	103	11,9	186	15,5	78	13,2
Galicia	45	5,2	60	5	39	6,6
Asturias	35	4	54	4,5	37	6,2
Cataluña	19	2,1	82	6,8	17	2,8

Aragón	26	3	85	7,1	41	6,9
Otros	76	8,7	125	10,4	73	12,4
Extranjeros	100	11,5	109	9,1	52	8,8
No consta	122	14,1	0	0	0	0
Total	865	100	1196	100	588	100

Los peluqueros presentan una estructura laboral con un destacado componente no madrileño, maestros que llegaban a Madrid examinados de otros lugares y mucho trabajo al margen del sistema gremial. Las ordenanzas del gremio de 1791 fijaron que los no madrileños no estaban obligados a volverse a examinar, pero se les exigían 300 reales de tasas por incorporarse al gremio de Madrid. Esto disuadió a buen número de posibles aspirantes a incorporarse en el gremio. Una investigación realizada en 1785 arrojó que 189 peinadores trabajaban al margen de la corporación, de los que inequívocamente 35 no eran españoles (18,5 %). El hecho de que dos de cada tres peinadores no agremiados estuviesen casados, sugiere que las altas tasas de examen suponían un obstáculo a la agremiación³⁸.

El mercado laboral de los pequeños oficios especializados en bienes prescindibles

Un cuarto mercado de trabajo estaba constituido por oficios pequeños pero especializados y que no producían bienes de primera necesidad (sombrereros, cereros, cotilleros, tintoreros). Un buen número de su mano de obra procedía de áreas muy distantes a Madrid. Por ejemplo, en el período 1750-1799, de un total de 50 sombrereros, 7 eran extranjeros y otros 7 catalanes; muchos habían obtenido un reconocimiento previo de su cualificación en otros lugares. Entre los cotilleros destaca que el 13 por ciento de los inscritos en el gremio entre 1700 y 1749 fueran extranjeros, fundamentalmente, flamencos, que pudieron venir a Madrid y pagar los 10 ducados de tasas de entrada. Los cereros no destacaron por su procedencia

³⁸ AHN, Consejos, lib 1.374, ff . 932-947.

extranjera, pero sí por concentrar sus flujos de migrantes en localidades de tamaño medio de Castilla León, como Covarrubias (19) o Villada (11). Ninguna estaba a menos de 200 kilómetros de Madrid.

Tabla 8. Procedencia de los nuevos maestros cereros examinados en Madrid, 1700-1830.

	1700-1740		1750-1790		1800-1830	
	T	%	T	%	T	%
Madrid	8	10,2	13	15,4	8	21,6
Provincia	7	8,9	10	11,9	1	2,7
Castilla La Mancha	25	32	21	25	10	27
Castilla León	27	34,6	27	32,1	10	27
Valencia			4	4,7	4	10,8
Otros	6	7,6	7	8,3	2	5,4
Extranjeros	1	1,2	1	1,1		
No consta	4	5,1	1	1,1	2	5,4
Total	78	100	84	100	37	100

El mercado de trabajo de los oficios que requieren inversión productiva

La quinta categoría está integrada por oficios organizados en talleres bajo control corporativo (curtidores, pasamaneros, herreros), que requieren de inversión productiva y se nutren de mano de obra madrileña. En estos oficios es donde se tendió más a la endogamia, pues varias sagas de artesanos se valieron de ocupar la veeduría o la simple maestría para introducir en el oficio a sus hijos y parientes. El arte de pasamaneros es un caso paradigmático pues debió buena parte de su reproducción a los hijos o parientes de los maestros, colectivo que no escrituró sus años de formación al haberse llevado a cabo “en casa de su padre, sin necesidad de aprendizaje”. De las 202 cartas de examen recopiladas para el siglo XVIII e inicios del XIX, 62 pasamaneros –el 30,7%–

eran hijos o parientes de los veedores, maestros o mayordomos de la cofradía del arte. Esta reproducción por aportes internos fue más intensa entre los años 1770 y hasta 1801, período durante el cual se concedieron por esta vía 28 cartas o el 45,1% de las dadas a familiares en todo el siglo. La endogamia corporativa era uno de los mecanismos básicos de reproducción de la pasamanería madrileña, y se reforzó cuando el gremio sintió la competencia de otras formas de organización productiva³⁹.

En estos oficios también se advierte un cierre corporativo que se plasma en el articulado de sus ordenanzas. Así, los pasamaneros cerraron la posibilidad del trabajo oficial a las mujeres, mientras que la comunidad de mercaderes y encuadernadores de libros exigía la presentación previa de limpieza de sangre, acreditando que sus padres y abuelos habían sido cristianos viejos, que no habían sido condenados por ningún tribunal, y no habían tenido “oficios reputados como infames”. Estas condiciones también eran impuestas por los herreros de grueso. Sin embargo, este último gremio pasó de tener una importante presencia madrileña a mostrar unas pautas distintas en el período de 1800-1835. Gremio independiente desde mediados del siglo XVIII, partió de los rasgos del gremio matriz –el de cerrajeros–, pero rápidamente adquirió pautas de reproducción basadas en la aportación de oficiales castellanos, fundamentalmente.

El mercado de trabajo de los pequeños oficios del transporte

Durante la Edad Moderna Madrid fue una ciudad dependiente del tráfico rodado ya fuese a través de carros, coches o a lomo de animales. Carecer de un río navegable motivaba que el grueso del abasto de alimentos y combustible recayese en manos de profesionales del acarreo. Y el aumento de los tráficó comerciales que se aprecia a lo largo del siglo fomentó el desarrollo de mercados de trabajo propios del sector artesano del porte. Al aumento de los

³⁹ J. Nieto, “La reproducción gremial en el Madrid del siglo XVIII: desmontando el tópico del aprendizaje como cantera corporativa”, en R. Franch Benavent (ed.), *Cambios y resistencias sociales en la Edad Moderna*, en prensa.

carreteros se añadió el de los jalmeros, guarnicioneros, ... Este crecimiento de los “transportistas” denota también que los intercambios crecen, algo que no casa con el estancamiento defendido por otros autores y que se acerca más al peso mercantil de Madrid y a la especialización industrial de ciertas áreas de Castilla. Que el sector resultó decisivo para la ciudad lo demuestra el gasto mínimo de 30 millones de reales que la ciudad invirtió en transporte en 1700, o el equivalente al 10 por ciento del gasto total de la capital. Esta cifra se entiende mejor si tenemos en cuenta el promedio diario de 300 carros y 1.800 caballerías cargadas que entraban en la ciudad para surtir las necesidades de sus 130.000 habitantes⁴⁰.

Es obvio que la ciudad necesitaba organizar unos mercados de trabajo que facilitasen el acceso regular y puntual a los productos relacionados con el tráfico y el camino. En ellos se ve el predominio de los madrileños y de vecinos de la provincia, Castilla La Mancha y áreas de fuerte impacto carreteril como Murcia. En el caso de los carreteros, así fue desde 1750, mientras que los oficios vinculados con el cuidado de los complementos del acarreo, como los esparteros, la mano de obra procedió durante el siglo XVIII del mismo Madrid, de los pueblos de la provincia y de los pueblos castellano-manchegos especializados en la elaboración de productos de esparto. Sin embargo, a partir de finales del siglo XVIII este último flujo se hundió y la procedencia se diversificó sin existir un área predominante⁴¹.

Las diásporas catalana y francesa

Una vez examinadas las pautas de los mercados de trabajo madrileños, merece la pena concluir con un análisis de dos de las diásporas artesanas –la catalana y la francesa- que acabaron teniendo un papel muy importante en la

⁴⁰ AHN, *Consejos*, libs. 1.291, ff. 194-195 y 1.320, ff. 317-334. Las cifras del gasto madrileño en transporte proceden de S. Madrazo, “Los servicios urbanos: el transporte en la ciudad”, en *Madrid. Atlas...*, p. 245.

⁴¹ J. A. Nieto Sánchez, “Una industria rural tan olvidada como necesaria: la espartería”, en *El Poder de la historia: huella y legado de Javier Donézar Díez de Ulzurrun*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid (en prensa).

ciudad, no tanto por sus números como por su peso relativo y valor cualitativo en el resto de la estructura productiva urbana.

Las cifras de las maestrías conseguidas por los catalanes –211 o un 2,2 % del total- hablan de su escaso peso en las corporaciones. Dentro de éstas solo destacaron en la segunda mitad del siglo XVIII en la sastrería y en la sombrerería, y ya en el siglo XIX en la zapatería de nuevo. Pero su sello quedó marcado en los oficios no agremiados. Primero, porque no dudaron en viajar a Madrid para acogerse a los privilegios de la Corona. Tras remitir a la capital manufacturas y viajantes, desde Cataluña también llegaron artesanos. Esta *diáspora catalana* fue constante durante el XVIII, alcanzando cierta relevancia en su segunda mitad y destacando no por su número sino por su carácter innovador y los estrechos contactos con los miembros de la diáspora mercantil. Entre los artesanos los hubo que se distinguieron por introducir ciertos productos –*bocacíes* o telas de hilo más gruesas y bastas que las holandillas; *serafinas* o estameñas estampadas; albayalde; lienzos pintados o indianas coloreadas-; mientras que otros sobresalieron por la transmisión de novedades técnicas (telares de pasamanería)⁴².

Los catalanes también se establecieron en los alrededores de la Corte, instalando varias fábricas de papel en la ribera del Tajuña o dirigiendo reales fábrica en Aravaca. Los dedicados al textil dieron el salto y sentaron sus reales cerca de la capital. De este último grupo destacan los March, hermanos que regentaron una fábrica de tejidos en Morata de Tajuña en la última década del XVIII; en 1821 tenían su taller central en la madrileña calle del Río (junto a Leganitos) y abrieron escuelas de hilazas en varios pueblos de Madrid, La Mancha y La Alcarria, teniendo a su cargo un centenar de “*jornaleros de ambos sexos*”⁴³.

⁴² Estos datos y los que siguen en E. Larruga. *Memorias...*, II, pp. 129-130, 135-155, 286-291, 323, 376-383 y 391-393 y III, pp. 176-180; AHN, *Consejos*, Lib. 1.381, f. 404, y AVM, *Secretaría*, 4-5-67.

⁴³ La involucración catalana en la papelería rural madrileña, en J. Nieto, “Industria rural...”, *Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando y la Industria en el siglo XVIII*, San Fernando, 1997, p. 272. Sobre los March, AVM, *Secretaría*, 2-369-1 y P. Corella, “Coyuntura económica e

Algo similar ocurrió con la colonia artesana francesa en Madrid. En los gremios los franceses solo destacaron como sastres, y mucho menos como peñeros –sobre todo, en la primera mitad del siglo XVIII-, zapateros, cotilleros, peluqueros, prenderos o guarnicioneros. Sus números en los gremios son similares a los de los catalanes: 256 individuos o un 2,7 por ciento del total de la muestra de nuevas incorporaciones. Con todo, fuera de los gremios destacaron en la panadería, las fábricas de papel del entorno madrileño, la peluquería, la sombrerería, la guantería y la curtiduría. Y lo más importante: esta diáspora artesanal francesa contó con un segmento relevante de mano de obra femenina en el sector de la confección, ya como modistas, bateras o escofieteras. Una pequeña muestra de las ocupaciones que los migrantes franceses practicaron en 1791 en el barrio de Maravillas reafirma estas pautas: del total de 416 franceses del barrio, se conoce el oficio de 372, y de éstos, la mayor parte -202, o el 54 por ciento- eran artesanos. Lideran la nómina los panaderos y tahoneros -73-, a mucha ventaja de una miríada de peluqueros y peinadores (16), sastres (16), plateros (9), relojeros (8), ebanistas (7)... El sector de la alimentación brilla con luz propia, pero no hay que perder de vista a las 40 personas dedicadas al vestuario y que dictan las modas del momento. Aquí hay sastres, pero también modistas, bordadoras, cotilleras o costureras.

Muchos de ellos y ellas acudían a las formas de asociación de capital basadas en pequeñas compañías y encontraban en las instituciones financieras dirigidas por sus compatriotas ciertas facilidades que no tenían otras comunidades foráneas⁴⁴. Adentrarse en asociaciones de más altos vuelos tenía sus problemas. El ejemplo más llamativo en este sentido es el de la fábrica de tejidos estampados erigida por el francés Enrique Dollfus en 1829 en San Fernando de Henares. La pujanza inicial de esta experiencia –contaba con maquinaria novedosa y no menos de 2.000 trabajadores de procedencia

Ilustración. La fábrica de tejidos e hilados de Morata de Tajuña (Madrid) a fines del XVIII”, pp. 243-257 de la misma obra.

⁴⁴ D. Ozanam, “Les français à Madrid dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle”, en S. Madrazo y V. Pinto (coords.), *Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura*, Madrid, 1991, pp. 177-199.

desconocida- fue neutralizada por las compañías catalanas establecidas en Madrid, que alegaban la condición de foráneo de Dollfus. Algunos de estos comerciantes acabaron más tarde por atrapar y someter a Dollfus por la vía del endeudamiento, lo que le obligó a renunciar a dirigir la fábrica en 1833, y más tarde, a desmontar todo el mercado de trabajo organizado en torno a ella. Este fracaso industrial ejerció mucha influencia en la industrialización madrileña⁴⁵.

Conclusiones

De lo expuesto hasta aquí se deduce que la migración a la corte española de personas que acabaron siendo maestros artesanos no fue espectacular, pero sí constante, basada en movimientos de medio y largo alcance, y a veces sinuosa –Madrid no tenía que ser el objetivo final desde el principio-, y completamente masculina. El grueso de sus protagonistas abandonaba muy pronto su tierra natal, sin apenas instrucción formal, pero con ciertos rudimentos prácticos del oficio adquiridos en los talleres de familiares cercanos. Los migrantes se echaban al camino confiando en las redes de paisanaje tejidas antes en los lugares de acogida. Solo una minoría tenía también la fortuna de contar en Madrid con familiares, lo que hace del paisanaje un elemento básico para entender la migración laboral del siglo XVIII.

La población artesana de Madrid se aleja del modelo dual de núcleo estable y población flotante planteado por Ringrose. En algunos mercados de trabajo, como el de la construcción, este esquema parece plausible, pero en otros las pautas eran muy diversas. En los cinco mercados restantes delineados en estas páginas había espacio para oficios con nuevos maestros que permanecían estables en Madrid, mientras que en otros la ciudad era una cámara de registro de sus habilidades. Y si atendemos a la distancia, los artesanos varones se reclutaban tanto de las cercanías a la ciudad como de áreas muy distantes dependiendo de muchos factores, como los rasgos de los

⁴⁵ Biblioteca Nacional, Mss. 20.545.

mismos oficios, la demanda, o las fluctuaciones de las tasas de examen dependientes de las medidas políticas. Lo que también se aprecia tras analizar las cartas de maestría es la formación de áreas geográficas muy definidas que contaban con sus propios mercados de trabajo. Las decisiones políticas con relación a las tasas de examen influían en esos mercados locales, lo que pone sobre la mesa la cuestión de la fortaleza o debilidad de la integración de esos mercados en la España previa a la Edad Contemporánea.

Las pautas de movilidad geográfica de los artesanos madrileños eran homologables a las de sus colegas europeos, pues las vías de acceso a los oficios artesanos de Madrid eran tan diversas como las de aquéllos. La información recogida de los gremios permite sostener que, pese a la asentada creencia en contrario, eran una forma de organización productiva que creaba empleo. La absorción de mano de obra por parte del mercado de trabajo corporativo aparece así como un filtro importante a la hora de fijar a la población activa y rejuvenecer la pirámide urbana de edad. Los maestros artesanos eran conscientes de la necesidad de mantener un equilibrio entre el tamaño de una corporación y el número de empresas viables que un oficio podía soportar. Muchas limitaban la entrada elevando el precio de la maestría o excepcionalmente restringiendo el acceso a los hijos de los maestros establecidos.

Pero el acceso a los gremios no era sólo cuestión de endogamia: los nuevos miembros podían ser oficiales que habían aprendido en otros lugares y que se casaban con la hija o la viuda del maestro para lograr el título. El itinerario que recorría un aspirante a maestro incluía la movilidad geográfica y estaba muy relacionado con tupidas redes de parentesco y patronazgo. De este modo, la falsa apariencia de la continuidad corporativa era el producto de una elaborada combinación de herencia, migración, aprendizaje, oficialía itinerante, estrategias matrimoniales y adquisición de maestrías. También de acatamiento de decisiones políticas, pues los gremios madrileños no eran completamente autónomos y tuvieron que aceptar tasas de examen que se

fijaban en función de las necesidades de la estabilidad social. Estas cesiones corporativas también se aprecian en la aceptación de las normas generales: las ordenanzas gremiales redactadas después de la real cédula de 30 de abril de 1772 tuvieron que estipular que los maestros forasteros que viniesen a Madrid fuesen admitidos por los gremios con solo presentar la carta de examen expedida en su lugar de origen.

En suma, los oficios no se renovaron exclusivamente por el relevo de padres a hijos, sino por los jóvenes llegados del término de Madrid y provincias cercanas. La aparente continuidad en los oficios y la creciente diversidad de sus miembros indican que el reclutamiento de los maestros de una corporación no dependía sólo de la mera sucesión sino de causas múltiples: si algunos maestros morían sin dejar descendencia masculina, otros también se veían obligados -más por fracaso que por éxito- a abandonar el oficio. Los miembros de los gremios difícilmente podían llenar los huecos dejados por otros maestros, de modo que eran renovados por una inyección regular de oficiales nacidos fuera de Madrid. Ello obliga a ser muy rigurosos en el análisis de los mercados laborales configurados por los gremios madrileños al fin de la Edad Moderna, pues no en vano fueron un aspecto fundamental para organizar el trabajo urbano y se convirtieron en un legado de la tardía industrialización madrileña para los tiempos futuros.

Apéndice 1. Áreas de reclutamiento de nuevos maestros gremiales (1700-1749)

Oficios	Total exámenes	Madrid		Provincia		Resto de España		Extranjeros		No consta	
		T	%	T	%	T	%	T	%	T	%
Sastres	865	106	12,2	96	11	452	52,2	99	11,4	112	12,9
Carpinteros	265	110	41,5	42	15,8	96	36,2	5	1,8	12	4,5
Pasamaneros	132	42	31,8	7	5,3	15	11,3	2	1,5	66	50
Cotilleros	132	20	15,1	11	8,3	42	31,8	17	12,8	42	31,8
Ebanistas	114	36	31,5	15	13,1	20	17,5	3	2,6	40	35

Cerrajeros	96	37	38,5	12	12,5	36	37,5			11	11,4
Ropavejeros	88	13	14,7	2	2,2	48	54,5	5	5,6	20	22,7
Zaps. nuevo	87	22	25,2	15	17,2	31	35,6			19	21,8
Cabestros	86	14	16,2	1	11,6	7	8,1			64	74,4
Cereros	78	8	10,2	7	8,9	58	74,3	1	1,2	4	5,1
Cordoneros	65	22	33,8	6	9,2	24	36,9			13	20
Silleros	63	31	49,2	3	4,7	8	12,6	2	3,1	19	30,1
Sombrereros	56	19	33,9	4	7,1	12	21,4	2	3,5	19	33,9
Cuchilleros	56	15	26,7	5	8,9	21	37,5	6	10,7	9	16
Guarnicioneros	52	21	40,3	1	1,9	9	17,3	2	3,8	19	36,5
Guanteros	49	10	20,4					1	2	38	77,5
Peineros	47	8	17			17	36,1	21	44,6	1	2,1
Esparteros	44	15	34	4	9	17	38,6			8	18,1
Pasteleros	38	17	44,7	6	15,7	2	5,2	1	2,6	12	31,5
Vidrieros	37	6	16,2	3	8,1	2	5,4			26	70,2
Maleteros	35	12	34,2	3	8,5	8	22,8			12	34,2
Coleteros	30	9	30			3	10			18	60
Zurradores	30	18	60			4	13,3			8	26,6
Caldereros	27	11	40,7			14	51,8			2	7,4
Odreros/ boteros	27	6	22,2	1	3,7	16	59,2			4	14,8
Silleros de paja	26	15	57,6	2	7,6	5	19,2	1	3,8	3	11,5
Tejedores lienzo	23	1	4,3	8	34,7	10	43,4	1	4,3	3	13
Curtidores	23	9	39,1			2	8,6			12	52,1
Jalmeros	22	6	27,2			3	13,6			13	59
Zaps. viejo	20	12	60			2	10			6	30
Violeros	20	1	5	1	5					18	90
Torneros	20	8	40			2	10			10	50
Menos de 20	117	42	35,8	5	4,2	49	41,8	1	0,8	20	17
TOTAL	2870	72 2	25,1	260	9	1035	36	170	5,9	683	23,7

Apéndice 2. Áreas de reclutamiento de nuevos maestros gremiales (1750-1799)

Oficios	Total exámenes	Madrid		Provincia		Resto de España		Extranj eros		No consta	
		T	%	T	%	T	%	T	%	T	%
Sastres	1225	155	12,6	96	7,8	865	70,6	109	8,8		
Carpinteros	432	198	45,8	52	12	177	40,9	2	0,4	3	0,6
Prenderos	255	42	16,4	7	2,7	126	49,4	15	5,8	65	25,4
Cerrajeros	149	61	40,9	12	8	63	42,2	5	3,3	8	5,3
Pasamaneros	113	58	51,3	3	2,6	42	37,1	6	5,3	4	3,5
Ropavejeros	96	18	18,7	5	5,2	61	63,5	2	2	10	10,4
Cereros	84	13	15,4	10	11,9	59	70,2	1	1,1	1	1,1
Cotilleros	72	28	38,8	8	11,1	34	47,2	2	2,7		
Cuchilleros	71	32	45	11	15,4	23	32,3	3	4,2	2	2,8
Zapts. viejo	64	30	46,8	2	3,1	29	45,3				
Guarnicioneros	63	36	57,1	5	7,9	16	25,3	1	1,5	5	7,9
Carreteros	59	9	15,2	11	18,6	38	64,4			1	1,6
Herreros	54	26	48,1	7	12,9	20	37	1	1,8		
Zapts. nuevo	53	27	50,9	6	11,3	13	24,5	1	1,8	6	11,3
Silleros	52	26	50	6	11,5	15	28,8	1	1,9	5	9,6
Sombrereros	50	15	30	2	4	26	52	7	14		
Cordoneros	47	27	57,4	6	12,7	13	27,6			1	2,1
pasteleros	45	30	66,6	5	11,1	8	17,7	1	2,2	1	2,2
Caldereros	44	11	25	2	4,5	20	45,4	2	4,5	9	20,4
puertaventanero	27	14	51,8	8	29,6	5	18,5				
Ebanista	24	9	37,5	5	20,8	10	41,6	2	8,3		
Silleros paja	24	8	33,3	1	4,1	12	50	2	8,3	1	4,1
Esparteros	23	11	47,8	5	21,7	7	30,4				
Coleteros	21	12	57,1	2	9,5	5	23,8	1	4,7	1	4,7
Tejedores lienzo	21	2	9,5	3	14,2	14	66,6	1	4,7	1	4,7
Doradores	20	9	45	1	5	8	40			2	10
Menos de 20	185	74	40	23	12,4	67	36,2	7	3,7	14	7,5
TOTAL	3373	981	29	304	9	1775	52,6	173	5,1	140	4,1

Apéndice 3. Áreas de reclutamiento de nuevos maestros gremiales (1800-1836)

Oficios	Total exámenes	Madrid		Provincia		Resto de España		Extranjeros		No consta	
		T	%	T	%	T	%	T	%	T	%
Sastres	609	130	21,3	37	6	386	63,3	53	8,7	3	0,5
Zapateros	450	192	42,6	24	5,3	210	46,6	24	5,3		
Prenderos	439	131	29,8	24	5,4	264	60,1	10	2,2	10	2,2
Carpinteros	436	226	51,8	34	7,8	171	39,2	2	0,4	3	0,6
Cerrajeros	144	53	36,8	11	7,6	68	47,2	4	2,7	8	5,5
Confiteros	139	20	14,3	12	8,6	104	74,8	1	0,7	2	1,4
Herreros grueso	101	18	17,8	31	30,7	51	50,5	1	0,9		
Guanicioneros	99	33	33,3	12	12,1	41	41,4	12	12,1	1	1
Ebanistas	77	36	46,7	5	6,5	27	35	9	11,6		
Vidrieros	72	41	56,9	4	5,5	26	36,1	1	1,3		
Ropavejeros	70	21	30	3	4,2	43	61,4	1	1,4	2	2,8
Carreteros	59	15	25,4	12	20,3	32	54,2				
Tintoreros	45	11	24,4	7	15,5	25	55,5	2	4,4		
Silleros de paja	39	14	35,9	6	15,3	18	46,1				
Cereros	37	8	21,6	1	2,7	28	75,6				
Cabestreros	29	10	37,4			18	62	1	3,4		
Caldereros	28	9	32,1	6	21,4	11	39,2			2	7,1
Ms hacer coches	23	10	43,4	3	13	10	43,47				
Coleteros	21	10	47,6	3	14,2	8	38,1				
Pasteleros	20	6	30	4	20	8	40	2	10		
menos de 20	151	61	40,3	17	11,2	64	42,3	9	5,9	3	1,9
TOTAL	3088	1055	34,1	256	8,3	1613	52,2	13 2	4,2	34	1,1